

jo el autor citado, y es que aun hoy el lugar donde está la roca, le llaman los árabes con el nombre de *Massab*, y *Meribab*, palabras casi iguales á las de *Massah* y *Meribah* de que usa el testo hebreo, y significa *querella y tentacion*.

Pasé una parte del dia 3 en recorrer el desierto que llega á la falda del monte Oreb y del Sínai, desierto poblado en otro tiempo por millares de solitarios. Mis compañeros Juan de Cefalonia y el padre Neófito de Candia, no podian satisfacer á mis preguntas sobre los puntos que mas interesaban mi curiosidad. Hubiera querido saber de su boca los pormenores mas pequeños para conocer esa tierra de prodigios, y que presenta por todas partes tan extraño carácter: no pude saber mas de lo que cuentan los viajeros cristianos, y me ví reducido á mis impresiones particulares. Habia yo visto esas masas de rocas esparcidas, y los despeñaderos de donde aquellas se habian rodado, hendidos y pronto á dejar desprenderse de su seno otras masas mas enormes todavía; y contemplándolas de nuevo, de nuevo me sentia sobrecogido de espanto. Cuanto me rodeaba me producía en el alma tristeza y horror. Iba yo en silencio al lado de dos religiosos, quienes consideraban sobresaltados aquel espectáculo al que debian estar acostumbrados y me parecia estar asistiendo á las primeras escenas del trastorno de la naturaleza, como las que anuncia la Escritura para los últimos dias del mundo, y para desechar el terror que inspira este pensamiento, tenia la necesidad de recordar que habia pasado por

allí la gloria del Señor, que allí se habia manifestado á Israel, que allí se publicó la santa ley, que allí en medio del terrible aparato de su promulgacion, los rayos hicieron humear los montes y abrasar sus entrañas.

Subí despues al Oreb, y largo tiempo me paré en el lugar que, segun se dice, estaba Moysés cuando vió la zarza ardiente. Es admirable la perspectiva desde este punto, y con ninguna se puede comparar. Tenia á mi izquierda el monte Sínai que levantaba magestuosamente su santa cumbre hácia los cielos: á media legua, y á mis piés, en un valle estrecho y profundo veia la *fortaleza* del monasterio de la Transfiguracion, que es el desconuelo del árabe, quien codicia lo que contiene, y mide con ojos consternados las murallas que no puede escalar: mas allá, en el jardin del convento veian mis ojos altos cipreses cuyo verdor hacia todavía mas tristes las rocas áridas que rodean el monasterio, y proyectan sus enormes costados en el desierto: á la derecha se extendia mi vista sobre el camino que anduvieron los hijos de Israel para llegar al Sínai, sobre la llanura en que acamparon cuando dió el Señor su ley á Moysés, y mas allá de esta llanura cubierta de malezas pálidas y marchitas, derramaba mi vista sobre un vasto anfiteatro de montañas. Sentado sobre la roca, daba yo libertad á mis pensamientos; despertándose en tropel mis recuerdos, hacian pasar delante de mí, ya los milagros de la predileccion de Dios para con su pueblo, ya los prodigios de ingratitud de aquel pueblo carnal, y nunca percibí con mas fuerza la enormidad

de las prevaricaciones de Israel idólatra, que cuando me ví á la falda de estas montañas. Ya veía en medio del campo el altar sacrilego levantado por Aron, veía el ídolo abominable y los holocaustos y víctimas ofrecidas, y la multitud olvidando al Señor que la había libertado de Egipto, unos sentados para comer y beber, y otros entregándose á insensatas alegrías. Ya veía á Moisés bajando de lo alto del Sinaí, quebrar las tablas de la ley en el transporte de su santa cólera, y á los hijos de Leví con espada en mano pasando y repasando el campo desde una á la otra parte, y matando al hermano, al pariente y al amigo: escuchaba la gritería de los culpables que caían y morían de las heridas. Al paso que en este espectáculo terrible veía yo la justicia de la venganza divina, quedaba desconcertado y confundido del exceso de aquella ceguedad é ingratitud que desconoció los mas ruidosos y recientes beneficios: para entender tan extraño misterio, me recogí dentro de mí mismo, y me puse á sondear profundamente las miserias de mi propio corazón, y llegué á reconocer que mas ingrato yo todavía me había sucedido muchas veces adorar divinidades extranjeras, las divinidades del mundo, despues de haber recibido gracias y favores no ménos grandes de parte del Señor; pero yo tuve la fortuna que en el dia de mi arrepentimiento encontré en las manos de los levitas de la nueva ley, en vez de la espada que mata, la cruz de mi Salvador, su misericordia y mi perdon.

Habiendo llegado el dia cuatro mis camellos, ya ca-

si todo me dediqué á los preparativos de mi viage. En la noche me presenté á la comunidad, cuyos religiosos son de cuarenta y cinco á cincuenta, entre quienes hay muchos ancianos de setenta á ochenta años que apenas parecen tener cuarenta, porque su salud es muy robusta, y aun el mayor que tiene noventa y seis años, presenta todo el vigor de la juventud. En la última conversacion que tuve con el prelado, despues de manifestarle mi gratitud, le hice algunas preguntas interesantes acerca de su comunidad. Había yo leído que el convento tenia una imprenta árabe, y preguntándole sobre eso, me respondió que era un error. Le hablé de los grandes gastos que deben hacerse para conservar tantos edificios que tiene el monasterio, para la iglesia y sus treinta capillas, para ornamentos etc., y le manifesté la admiracion que me causaba que hubiese dinero para todo. El entró en los pormenores de los numerosos recursos que procura la devocion á Santa Catarina, devocion extendida con generalidad entre los griegos: me añadió que llegaban auxilios de partes muy lejanas, aun de la India, y despues de una larga enumeracion, me añadió con entusiasmo: „nuestras paredes podrian ser de oro, si tuviéramos cuanto nos envían nuestros hermanos, y que nos roban los árabes.” Me contaron con ese motivo que recientemente y poco ántes que Mehemet-Alí subiera al trono de Egipto, sufrió el monasterio vejaciones diarias, tan funestas á la vida de los religiosos como á sus riquezas, de modo

que muchos fueron víctimas de su celo en defensa de los intereses de la casa.

Nada exigen los religiosos de los peregrinos y viajeros en recompensa de la hospitalidad que han recibido; pero nunca se les deja sin ninguna retribucion. Escribí mi nombre en el libro de los extranjeros, y dí alguna cosa al convento, ménos por conformarme con el uso, que por recompensar el esmero, urbanidad y consideraciones con que me colmaron allí.



## CAPÍTULO XXXIV.

### BABILONIA.

**C**AMINAMOS de ruina en ruina, dice un anónimo: pisamos unas ciudades que fueron un día populosas y florecientes; pero todas esas ruinas nos instruyen, y las menores piedras nos están diciendo que los destinos de la humanidad son algo mas sublimes que los que se enlazan con eso que en la tierra llamamos monumentos. Nos encontramos en Babilonia, ó por mejor decir, encima de lo que fué Babilonia.

El largo cautiverio de los judíos conducidos á Babilonia, ha hecho para siempre célebre esta ciudad, y los mismos profetas la han inmortalizado con sus poéticos y terribles anatemas. Por dos veces su poderoso rey